Pla recibe en su casa a los entonces Príncipes de España. (19-3-1975). (Foto cedida por Josep Vergés Matas. Fondo Fundació Pla).

Cosmopolita

El sábado se cumple el centenario del nacimiento de Josep Pla (1897–1981), el escritor catalán más importante del siglo y uno de los maestros de la prosa castellana de todos los tiempos.

«Aunque la presión del paso del tiempo es dolorosa y a veces insoportable, soy partidario de no eludirla, porque mi experiencia me lleva a creer que sólo quienes sienten ese dolor sordo —o agudo— aprovechan la vida, en el sentido más general del término, y aprovechan para tener alguna idea de sus maravillas».

«Si Baroja o Pujols, que son los dos conversadores más agradables que he encontrado en mi tiempo, en estas latitudes, son expulsados de todos los sitios, ¿cómo es posible que se pueda llegar a alguna parte? No hay remedio».

«Llegar a una banalidad profunda puede ser, a mi entender, un auténtico propósito literario».

«No hay que querer ser un incomprendido. Con las incomprensiones que se producen por el mero hecho de respirar, hay bastante. Yo ya comprendo que la ingratitud del hombre es tan grande que uno desearía cambiar de público y escribir para los elefantes, los caballos y las gacelas. Pero estos seres tienen otros placeres y no parecen ser aptos, por el momento, a las lucubraciones humanas».

«La cultura moderna es en gran parte una cultura de refrito y no de refrito de primera mano —diríamos— sino de refrito recalcitrante, de re-frito. Se lee a Shaw y no se lee a Aristófanes y acabará leyéndose una monografía sobre Shaw. Se lee la Vida (de don Quijote y Sancho), de Unamuno, pero no se lee el Quijote, de Cervantes, y acabará leyéndose una noticia sobre la Vida».

«Lo que sea un intelectual, varía mucho según los países. Además hay intelectuales ricos (que aunque parezca mentira pueden ser tan inteligentes como los pobres) e intelectuales enriquecidos en el teatro, en el cine, en la novela. Sin embargo, la inmensa mayoría de intelectuales de este continente se caracteriza por su pobreza. Podríamos definir al intelectual diciendo que es un pobre resignado aunque impertinente».

«Desde mis inicios en este oficio, siempre me pareció que la política era un mundo confuso, complicado, inextricable y en definitiva incomprensible . ¿Cómo puedo sentir alguna atracción por la política si a mí lo que me apasiona son las cosas claras, concretas, limitadas — la estatua del escriba egipcio del Louvre, por ejemplo?».

«Yo soy un materialista que no cree, obviamente, en la trascendencia de nada ni de nadie».

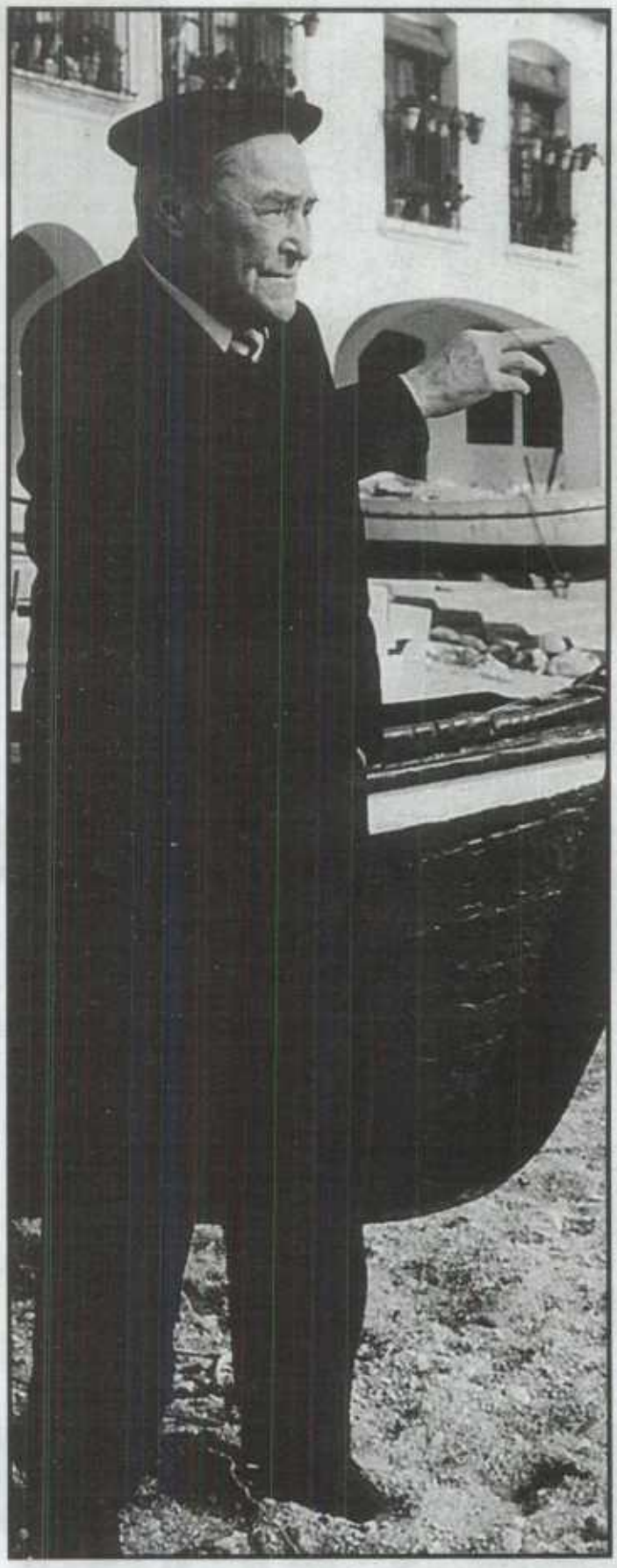
«Para mi desgracia, puede afirmarse que soy un tránsfuga del arado, de la azada y del rastrillo. Sin embargo, no soy un tránsfuga desnaturalizado , sino más bien melancólico y nostálgico. A pesar de mis largas ausencias de la tierra, nunca he perdido totalmente su contacto. Lo que puede disculparme esta tentativa es el profundo aire de familia que tengo con los payeses, un aire que, a pesar de todas las apariencias, es real y positivo y constituye mi manera de ser».

«Los escritores que adolecemos de una falta de imaginación casi ridícula necesitamos para escribir, más que formas conocidas y familiares, fuertes estímulos externos. Si no disponemos siquiera de un gran contraste, borronear el papel nos fatiga».

«La primera obligación de un escritor es observar, relatar, manifestar la época en que se encuentra. Eso es infinitamente más importante que las inútiles y estériles tentativas de conseguir una originalidad salvaje y primigenia. La literatura es el reflejo de una sociedad determinada en un determinado momento».

«Hasta ahora he tenido la desgracia de no poder presentar a mis lectores un libro sobre algún país remoto, exótico y extraordinario. En mis libros no hay mosquitos, ni leones, ni chacales, ni objeto alguno sorprendente o raro. Confieso sentir, por otra parte, poca afición por el exotismo. Mi heroísmo y bravura son escasos. Me gustan los países civilizados. Desde el punto de vista de la sensibilidad me daría por satisfecho plenamente si pudiera llegar a ser un hombre europeo. He sido siempre aficionado a la matelote de anguilas, a la bacada en canapé y a la perdiz mediterránea».

Paul Léautaud, uno de los autores predilectos de Josep Pla, escribía en sus *Palabras efímeras*: «*No me gusta la gran literatura. Sólo me gusta la conversación escrita*». Los devotos de la obra del ampurdanés percibimos en sus páginas ese tono sosegado y directo de la charla un tanto divagatoria pero plena de sensibilidad característica de los buenos conversadores. Esto, entre muchas otras cosas, es lo que ha elevado a Pla a la cima de la prosa no sólo catalana sino que también castellana de nuestro siglo. «*Yo no he sido una persona que no he dicho nunca una sola palabra (ante la gente) ni he dicho nunca nada para aburrir a la gente. Ha sido mi preocupación permanente*», declara en el prólogo de *Madrid. L'adveniment de la república*, de 1933. Desde su primer libro publicado (*Coses vistes*, de 1925), el antirretoricismo planiano –consciente réplica a la pedantería y el fasto verbal del Noucentisme– resiste por su exquisita claridad a cualquier crítica; las más de treinta mil páginas de su obra completa –45 volúmenes–, con todos sus altibajos, constituyen el mayor monumento a la prosa peninsular de la última centuria.



En la playa Port-Bo, Calella de Palafrugell. (Foto cedida por Josep Vergés Matas. Fondo Fundació Pla).

Josep Pla i Casadevall nació en Palafrugell, en el Petit Empordá, el 8 de marzo de 1897. Tras estudiar Derecho, se dedicó por vida al periodismo. Para la prensa –*Las Noticias*, *La Veu de Catalunya* y *La Publicitat*, al principio, y más adelante *El Sol*, *Excelsior*, *El Diario Vasco*, *Destino*, *Las Provincias*, por citar algunas cabeceras– escribió reportajes, crónicas, notas de viaje, divagaciones, estampas, pero siempre con un toque personal que rompe las divisorias entre los géneros para, aproximándose al memorialismo, acabar formando una especie de gigantesca autobiografía.

La sustancia de su literatura se nutre de una envidiable capacidad de observación y una curiosidad obsesiva que tan pronto se proyecta a lo lugareño –*El pagés y el seu món*, *Barcelona: una discussió entranyable*, *Coses vistes*, *Viatge a Cataluña*– como a multitud de países del mundo –*Viatge a Rússia*, *Cartes de lluny*, *Notes sobre París*, *Viaje a América*, *Cartes d'Itália*–. El viaje, sea lejano o de «*vuelo gallináceo*», proporciona a Pla la ocasión de proyectar una mirada lírica, escéptica, inteligente, más atenta a los pequeños detalles que a lo aparentemente *importante*. De ahí y de sus abundantes lecturas emerge una sensibilidad algo misantrópica, relativizadora, ese «*humor honesto y vago*» que desde su juventud adoptó como filosofía de vida.

Pero junto al Pla viajero hay otro Pla sedentario –sobre todo a partir de la guerra